

Manuel Cerezales

Aquella chica canaria del Ateneo

Con motivo de cumplirse cuarenta años de la concesión del premio Nadal a la novela “Nada”, de Carmen Laforet, se me pide que exponga mis recuerdos como testigo de aquel acontecimiento literario. Carmen ya había escrito “Nada” cuando yo la conocí. Una amiga, Linka Babecka, cuyo nombre aparece en la dedicatoria de “Nada”, me habló con grandes elogios de la novela y de su autora y sugirió la posibilidad de publicarla en una pequeña editorial en la que yo intervenía, dedicada a la publicación de relatos históricos y biografías, excluido el género narrativo. Como Linka era una mujer inteligente y culta, su entusiasmo por la novela despertó mi curiosidad. A los pocos días, Carmen se presentaba en mi despacho con el original de “Nada”.

No sé quienes habían leído, además de Linka, la novela antes que yo. Carmen tenía muchos amigos relacionados con la vida literaria entre sus compañeros de Universidad y entre sus consocios del Ateneo. Frecuentaba también una tertulia de escritores jóvenes, a la que creo recordar, por lo que le oí decir, que asistían, entre otros, Ramón Faraldo, crítico de arte de Ya, y Carmelo Soria, un joven sociólogo que años más tarde murió asesinado en Chile. Su amistad entrañable con Carmen y Xavier Zubiri le dieron ocasión de entrar en contacto con la vida intelectual en el más alto nivel. Supongo que alguno de aquellos amigos conocían la novela o tenían noticia de ella.

Después de leer “Nada” le aconsejé a Carmen que la presentara al premio “Nadal” que aquel año se convocaba por primera vez. En el caso de que no fuera premiada, trataría de publicársela en la editorial que yo regentaba. Lo importante para ella era su publicación. En otro aspecto, sus pretensiones se reducían a encontrar un editor que le comprara por tres mil pesetas la propiedad de la novela y desentenderse ella de la parte económica del asunto. No recuerdo en qué se basaba para fijar esa cantidad –muy exigua, aun en la época- la cesión a perpetuidad de los derechos de su obra. No tenía el menor sentido reverencial del dinero. Seguramente con aquellas tres mil pesetas pensaba hacer regalos –especialmente libros y flores- a sus amigos, y no porque le sobrara el dinero, al contrario, más bien andaba escasa de él, sino porque una de las cosas que más le gustaba era regalar flores y libros a las personas que quería, aunque luego se quedara sin un céntimo para el billete de metro y tuviera que ir andando a la Universidad de San Bernardo, donde cursaba, con poco aprovechamiento, todo hay que decirlo, la carrera de Derecho. No le entusiasmaban las disciplinas jurídicas, y sin embargo, vaya usted a saber por qué, le gustaba mucho el Derecho Romano, asignatura que a mí, bastantes años antes, me había costado Dios y ayuda aprobar.

Carmen era entonces una joven de veintitrés años, menuda, risueña, muy atractiva, tanto por su presencia física, con una cabeza de facciones angulosas, de bella talla ósea, como por su carácter, libre de prejuicios y de convencionalismos sociales. Antes de hacerse

famosa como escritora, su persona, nada llamativa, llamaba –valga el contrasentido- la atención. Aún no la conocía yo y unos amigos me hablaban con admiración –alguno con síntomas de enamoramiento- de “una chica canaria del Ateneo”, que resultó ser ella. Aunque nacida en Barcelona, se la identificaba por el acento canario.

En alguna de las informaciones que le dedicaron al salir “Nada” se la presentaba como una muchacha tímida y retraída. Nada de eso. Era una joven intrépida, dada al vagabundeo y a la aventura, discreta en el trato social, comportándose siempre con sencillez y naturalidad, y si rehuía alguna clase de relaciones no lo hacía por timidez, sino simplemente porque no le interesaba. El rasgo más acusado de su carácter era su espíritu de independencia. Y no es que lo diga yo; lo apreciaban cuantos la conocían, y es el rasgo sobresaliente que le señala Matilde Ras en un estudio grafológico y que se reitera como tal en la más bella y verdadera semblanza de Carmen escrita por su hijo Agustín.

No me parece oportuno dar ahora la impresión que me produjo la lectura de “Nada”. Bastante se ha escrito y se sigue escribiendo por plumas más autorizadas que la mía. Referiré solamente una pequeña anécdota que tenía olvidada, pero que me la ha hecho recordar mi querido amigo Dalmiro de la Válgoma, a quien su inolvidable hermano Ramón, muerto hace años, le contó que un día se encontró conmigo en la calle y como me preguntara por el contenido de una carpeta que llevaba bajo el brazo, le mostré el original de “Nada” y le dije que era una novela de la que se hablaría durante mucho tiempo. Por lo que el éxito de “Nada” no me sorprendió, aunque no me lo figurase tan inmediato y resonante, con las proporciones que rápidamente llegó a alcanzar. Me parece que a Carmen tampoco le sorprendió ni la deslumbró, si bien le encantaba la difusión de la novela, con el inconveniente de que el éxito proyectaba sobre ella los focos de la actualidad, cosa que no le agradaba. No le gustaban nada, por lo tanto, los comentarios del tipo de este mío, en los que se habla más de ella que de la novela.

A “Nada” le debo el conocimiento y la amistad con Carmen Laforet; una amistad que tiempo después fraguó en un proyecto de vida en común, al cual hoy deben –quién lo diría- su existencia cinco hijos y un montón de nietos. Pero eso es otra canción.

MANUEL CEREZALES

(Publicado en el diario Ya. 5 de enero de 1985).